

EL ENSAYO HERMENÉUTICO EN LA PRIMERA MITAD DEL SIGLO XX.
DIESTE, ZAMBRANO Y EL GRUPO DE *HORA DE ESPAÑA*

Arturo CASAS

Universidade de Santiago de Compostela

El objetivo de este trabajo es presentar una aproximación histórico-crítica al ensayo hermenéutico tal como este fue puesto en práctica por el grupo de *Hora de España* en los años treinta y cuarenta del siglo XX. La delimitación y las características de tal modalidad se concretarán en las páginas siguientes, aunque la elección del rótulo se ha hecho confiando en que resulte relativamente diáfano para los conocedores de la tradición ensayística moderna y de lo que supuso el giro hermenéutico de la filosofía. Al menos para empezar a hablar, pues debe reconocerse la complejidad del asunto. En paralelo a lo anunciado, se esbozará asimismo una indagación sobre la constitución del canon ensayístico español contemporáneo y sobre la canonicidad de base.

Por otra parte, y habida cuenta de las opciones temáticas recurrentes en el ensayo escrito por los miembros del grupo de *Hora de España* y, a la vez, de la propia literalidad del nombre de la revista, me gustaría anticipar que es por completo errada la hipótesis según la cual lo que nos encontramos en esta publicación en su apartado ensayístico es un mero abundamiento en la senda abierta por el 98 en torno al viejo

tema de España y su fatigosa problemática histórica¹. No es así, y no lo es por lo menos en dos dimensiones importantes. La primera es la reacción antihistoricista patente en aquella nueva escritura ensayística, su encaminarse hacia lo que en Heidegger era ya una hermenéutica de la facticidad (Rodríguez, 1993: 11-36), lejos por tanto de la aceptación de las polaridades sujeto-objeto e intérprete-texto; lejos, en definitiva, de todo idealismo de la conciencia, y en cambio volcada al carácter de *proyecto* (*Entwurf*) de la comprensión, correlativo del que es propio del *Dasein*. Este signo proyectivo de la comprensión, superador de una objetivación de la verdad, alcanzó notable repercusión en el ensayismo del grupo *Hora de España*².

La segunda dimensión que destacaré es su profunda conciencia de la historicidad individual en vínculo indisoluble con la del momento vivido (el de la crisis, *la hora* de España), una explosión que convirtió a cada uno de aquellos intelectuales y artistas en verdaderos sujetos experienciales y testimoniales de la historia. Creo innecesario explicar los motivos por los que esta segunda dimensión –o actitud–, habiendo sido alcanzada por las preocupaciones y los usos característicos del pensar ensayístico de Unamuno y aun por los propios de Ortega, como no podría ser de otro modo, se concreta de raíz como un alejamiento intencional de tales modelos.

Por consiguiente, lo que aquí se expondrá a consideración es la superación de la antonomasia no solo noventayochista «España, *el problema*» y su reemplazo en las páginas ensayísticas de *Hora de España* por otro *tema*, el de la historicidad, en el cual sería absurdo calcular que no tuviera cabida la referencia –incluso como alusión– a la tradición de pensamiento heredada, de Hegel a Nietzsche, de Joaquín Costa a Giménez Caballero. Pero lo realmente significativo me parece que fue la forma en la que los promotores del proyecto ligaron este a la cuestión capital de la comprensión hermenéutica de la historia y a la propia discursividad de la conciencia histórica. Pues, como es lógico, todo lo anotado se manifestó en el plano discursivo

1.- Su entronque con la generación posterior a propósito de este asunto se registra en la antología del ensayo español del período 1895-1931 debida a Ángel del Río y M. J. Benardete (1948). El volumen cuenta con una ponderada introducción (pp. 13-41), que pese a los límites cronológicos indicados nombra ya a José Bergamín y a María Zambrano (p. 36), dos de los más asiduos colaboradores de *Hora de España*. Es destacable la importancia otorgada por Ángel del Río al desarrollo general del ensayo español, con apuntes teórico-críticos comparecientes en esta introducción y también en su *Historia de la literatura española*, del mismo 1948. Contrastan estos con la débil elaboración teórica anterior a Carballo Picazo (1954), dos de cuyos momentos más significativos corresponden a las propuestas de José Ortega y Gasset y Juan Chabás, estudiadas por Aullón de Haro (2008) en el segundo volumen de esta serie.

2.- Hubo de producirse necesariamente la asimilación previa de Dilthey y de Husserl, lo que en perspectiva hispánica presupone atención prioritaria del grupo a la construcción de una razón histórica por parte de Ortega y Gasset, clarificada hacia 1929 en las lecciones de *¿Qué es filosofía?* y en el áspero ataque previo contra el positivismo histórico y filológico expuesto en su prólogo a la traducción española de las *Lecciones sobre la filosofía de la historia universal* de Hegel (Ortega y Gasset, 1999 [1928]).

del nuevo ensayismo explorado por el grupo de *Hora de España*³, justo por subrayarse en él la localización del yo ante lo histórico. Lo estudiaremos prestando atención, no exclusiva, a Rafael Dieste y a María Zambrano.

* * *

Rafael Dieste ha sido señalado como el promotor principal de la revista, para muchos la más sólida e influyente, también la mejor compuesta, de las surgidas en tiempo de guerra en la Europa contemporánea⁴. Fue además, según ha destacado Francisco Caudet (1991), el mentor del núcleo creado en torno a ella meses después de la sublevación fascista, entre otros motivos por ser el de mayor edad entre sus fundadores. El otoño de 1936 fue el momento de establecimiento efectivo del proyecto de HE y de la consolidación de un compromiso colectivo que empezó por afirmar la lealtad a la causa popular y de forma simultánea la custodia de la autonomía intelectual y política del grupo. Pero la mención de la guerra no debiera ocultar la existencia de relevantes intervenciones conjuntas de algunos de los miembros del grupo desde poco después de la proclamación de la Segunda República, favorecidas por su convergencia en Madrid y por su disponibilidad para el debate crítico, de lo cual hubo muestras suficientes a partir de 1933 en la revista *Hoja Literaria*, promovida por Arturo Serrano Plaja, Antonio Sánchez Barbudo y Enrique Azcoaga. Entre aquellas intervenciones grupales la principal fue la del ingreso en las Misiones Pedagógicas republicanas de buen número de los futuros fundadores y redactores de HE.

Contemplado en perspectiva el recorrido posterior del grupo y de sus componentes, fue María Zambrano quien alcanzaría mayor notoriedad entre aquellos intelectuales. Lo corrobora fehacientemente su puesto en la historia del pensamiento español contemporáneo y poco a poco también el que ha alcanzado en el canon general de la literatura española. Pero a los nombres de Dieste y Zambrano hay que sumar aún los de otros integrantes del GHE que mostraron igualmente inequívoco interés por el ensayo y que contribuyeron a su expansión hermenéutica. Algunos de sus nombres han aparecido ya. La fundación de la revista se debió a Dieste, Sánchez Barbudo

3.- En adelante me referiré al grupo con las siglas GHE. Para las referencias a la revista usaré la notación HE.

4.- Así describió la iniciativa Ramón Gaya: «Rafael Dieste, al ver que la guerra no era una cuestión de varios meses, pensó en hacer una revista, en la que se pudieran recoger los poemas y las obras de creación que los escritores y los poetas seguían escribiendo y que no tenían donde publicar. Había habido una interrupción de la vida cultural. *Cruz y Raya* y la *Revista de Occidente* habían quedado interrumpidas. Rafael Dieste nos lo propuso a Sánchez Barbudo, a Juan Gil-Albert, a María Zambrano, a Bergamín, a mí...» (Dennis, 2007: 122-123; el texto procede de una entrevista inédita hecha por Elena Aub en Valencia en 1981).

–secretario del consejo de redacción–, Ramón Gaya, Juan Gil-Albert y Manuel Altolaguirre. Desde julio de 1937 los acompañaron en el consejo de redacción Zambrano, Serrano Plaja y Ángel Gaos. Más adelante, también Enrique Casal Chapí y José María Quiroga Pla⁵. José Bergamín fue otro de los autores más involucrados en el proyecto de HE, aunque no me parece que deba interpretarse por ello que formara parte del grupo como tal.

Las fechas indicadas y algunas otras que se irán anotando resultan imprescindibles si se quiere entender en profundidad la dimensión histórica de una eclosión del ensayo que como he anticipado quiso dialogar, desde las severas coordenadas de una guerra civil, con lo que entonces seguía representando el 98 y a la vez con la conocida como *crisis de la razón*, instalada en el debate público europeo desde antes del estallido de la Primera Guerra Mundial. De entre las publicaciones de uno u otro bando surgidas en la coyuntura bélica de los años 1936-1939 fue HE la que dedicó mayor espacio al ensayo, tanto que no resulta exagerada la afirmación de que fue una revista de corte prioritariamente ensayístico. La contención expresiva, la ausencia de consignas mecánicas, la modulación reflexiva y no sectaria que los promotores trasladaron al proyecto favorecieron el cultivo del género, por lo que, tendencias ideológicas al margen, se ha señalado en HE una continuación de las pautas de *Revista de Occidente*, *España*, *Cruz y Raya* y otras publicaciones de preguerra.

Puede sostenerse que aun con el peso inmediato de la coyuntura bélica y de la lucha antifascista, el propósito aglutinador del programa asumido fue contribuir a repensar España, Europa y la relación entre las tradiciones e identidades culturales respectivas, sin obviar ni su pluralidad ni la posibilidad de su convergencia. De algún modo, se trató también de ayudar a refundar la cultura española en perspectiva europea, reactivando para ello, como indica el «Propósito» que abrió el primer número de la revista, la vida intelectual y la creación artística «en medio del conflicto gigantesco en que [España] se debate»⁶. El proceso tuvo continuidad en la posguerra debido a algunos desarrollos asumidos en general por el pensamiento republicano

5.- En los dos últimos números la revista fue controlada por un Comité Directivo formado por Zambrano, Quiroga Pla, Rafael Alberti y Emilio Prados. Además, desde el número 1 hubo un Consejo de Colaboración, constituido inicialmente por León Felipe, José Moreno Villa, Antonio Machado, José Bergamín, Tomás Navarro Tomás, Rafael Alberti, Rodolfo Halffter, Dámaso Alonso, José Gaos, el escultor Alberto, José F. Montesinos, Ángel Ferrant y Luis Lacasa. Posteriormente se sumarían también Carles Riba, Enrique Díez-Canedo, Corpus Barga, Luis Cernuda, Emilio Prados, Juan José Domenchina, Pedro Bosch-Gimpera, Joaquín Xirau y otros.

6.- HE, 1 (enero de 1937), p. 6. Las referencias se hacen por la edición facsimilar en disco compacto de Edicions Digitals (Valencia, 2004), cuyo título completo es *Hora de España. Valencia - Barcelona 1937-1938. Núm. I-XXII (+ XXIII)*. El título completo de la publicación original fue *Hora de España. Revista mensual. Ensayos. Poesía. Crítica. Al Servicio de la Causa Popular*. Publicó veintitrés números desde enero de 1937 hasta noviembre de 1938.

exiliado, entre cuyos protagonistas se cuenta de nuevo el grueso del GHE, diseminado en los diferentes lugares de radicación a los que el destierro lo condujo pero que permaneció vigorosamente unido hasta su salida del país en dirección al campo de concentración de Saint-Cyprien, al sureste de Perpiñán, el día 9 de febrero de 1939 (Sánchez Barbudo, 1980: 89-105)⁷.

Sin embargo, según ha venido siendo usual en nuestra práctica historiográfico-literaria una vez descontadas sus innegables excepciones, la serie ensayística correlativa a aquel programa no comparece como correspondería a su entidad ni en los balances y panoramas ni en las antologías y otros registros históricos. Sobre ella sigue extendiéndose, al menos en parte, el velo de silencio promulgado en 1939. Un velo o veladura persistente tras la restauración democrática merced a la condición de supuesta complementariedad histórica que por defecto se acostumbró asignar a la obra de los exiliados, auspiciándose con ello la débil hipótesis de que la tradición literaria hispánica siguió localizada preferentemente en territorio español durante los decenios inmediatos a la conclusión de la Guerra Civil. Cierto que en los últimos quince o veinte años, en fechas coincidentes con el fallecimiento de los últimos representantes del exilio, se ha matizado esa condición si nos remitimos al núcleo de pensadores y filósofos, manteniéndose la clave sobre todo en lo que respecta al campo específicamente literario. El motivo podría ser que el yermo del pensamiento español radicado en España tras la guerra fue todavía más acusado y duradero que el correspondiente a la práctica literaria, también más ensimismado y pacato. Lo intuía Torrente Ballester en tan temprana fecha como agosto de 1940 en un conocido artículo publicado en una revista falangista, *Tajo*, inmediatamente reproducido de forma íntegra –todo un síntoma– por Juan Larrea en el séptimo número de *España Peregrina*. Lo palmario es que, en lo referido al exilio, esos dos campos, el del pensamiento y el literario, han seguido viéndose como lo desplazado, lo secundario y complementario de una legitimidad largamente administrada por los vencedores y sus cronistas. No por repetido es un aserto carente de exactitud.

Una propuesta con la que por su carácter se hace imprescindible dialogar en esta exposición, la antología del ensayo español contemporáneo publicada por Jordi

7.- La convivencia fue estrecha incluso en los días finales de guerra en Cataluña. Véase lo dicho por Gaya en declaraciones al diario *El País* en 1996: «Ya al final de la guerra, un día fuimos Dieste, Serrano Plaja, Sánchez Barbudo, Gil-Albert y yo a llevar a la imprenta el material de la revista que hacíamos en Barcelona [el número XXIII de HE, fechado en noviembre de 1938], y al volver a las oficinas todos los compañeros habían muerto en un bombardeo» (Dennis, 2007: 353). De la cohesión del grupo informa asimismo la discusión de un plan, finalmente descartado, para preparar un regreso colectivo y simultáneo del exilio (Casas, 1997: 470-477).

Gracia y Domingo Ródenas bajo el título *El ensayo español. Siglo XX* (2009), ha venido a actualizar una parte –solo una parte– de lo que se acaba de señalar. Y lo ha hecho permitiéndose por cierto alguna licencia castiza, como habilitar la entrada en el canon subsecuente de Francisco Umbral, presente con el mismo número de páginas y el doble de textos que por ejemplo Juan David García Bacca o Américo Castro⁸. En los antecedentes de la antología se localiza, además del quinto volumen de la inconclusa serie *El ensayo español* (Gracia, 1996), una encuesta o antología consultada, con sesenta formularios remitidos y veintidós recibidos⁹, que los mismos críticos llevaron a cabo en 2006 para la revista *Químera* con un título parecido al arriba indicado (Ródenas de Moya y Gracia, 2006). De aquí salió una aproximación canónica encabezada en sus cinco primeros puestos por José Ortega y Gasset (19 menciones), Miguel de Unamuno (17), Rafael Sánchez Ferlosio (10), Fernando Savater (7) y en quinta posición, conjunta, María Zambrano y Eugenio d'Ors (6), seguidos ya en otro nivel por una no tan amplia nómina de propuestas entre las cuales solo aparece mencionado otro de los miembros del GHE, Ramón Gaya¹⁰, a quien nombran Andrés Trapiello y Nigel Dennis, este último uno de los mayores especialistas en la obra del artista y escritor murciano.

Pero volvamos al grueso y documentado volumen de 2009, a sus mil páginas, y veamos algo más sobre el canon ensayístico pautado para el siglo XX. Los coordinadores, con disposición encomiable, seleccionaron aproximadamente ochenta ensayistas, con reparto relativamente equilibrado para las dos mitades del siglo. Lo que me parece necesario subrayar en este momento es el hecho de que de entre los miembros del GHE aparezca nada más María Zambrano en ese canon. Dicho de otro modo, *Hora de España. Ensayos. Poesía. Crítica* no tiene sitio en la propuesta de

8.- Asumo, en concordancia parcial con lo reconocido por Pozuelo Yvancos (2010: 22) en su reseña del volumen, que los reparos sobre las ausencias en una antología dada suelen obedecer a razonamientos valorativos tan impugnables como los postulados por quien seleccionó. Sin embargo, la perspectiva analítica –¿qué está y qué no está? e intentar saber por qué es por completo ineludible y no puede confundirse con lo anterior. Además, no se trata simplemente de nombres, como en definitiva querría mostrar en mi exposición.

9.- Correspondientes a Rafael Argullol, Félix de Azúa, Pedro Aullón de Haro, Laureano Bonet, Francisco J. Díez de Revenga, Inger Enkvist, Jesús Ferrer Solá, Román Gubern, Jordi Ibáñez, José Manuel López de Abiada, José-Carlos Mainer, Gonzalo Pontón, José María Pozuelo Yvancos, Juan Carlos Rodríguez, Fernando Rodríguez de la Flor, Andrés Sánchez Robayna, Santos Sanz Villanueva, Fernando Savater, Ricardo Senabre, Andrés Trapiello y Fernando Valls.

10.- Es recurrente asimismo en la encuesta la mención del *Juan de Mairena* machadiano, presente en los veintitrés números de HE. Por otra parte, Juan Carlos Rodríguez defiende en su respuesta que «los dos grandes motores de nuestro ensayismo» y «los verdaderos sustratos de nuestra escritura» fueron «el Frente Popular del 36 vs. el Movimiento franquista del 37 al 45 y luego hasta el 77» (p. 21). En el mismo lugar añade lo siguiente, preguntado por los mejores libros de ensayos y los mejores ensayos breves del siglo XX: «hablaré sólo del *interior* (el exilio merecería un estudio aparte)».

Gracia y Ródenas sobre el ensayismo español contemporáneo¹¹. Y no puede tratarse de algo fortuito, de hecho me parece una decisión meditada, significativa en varios planos. De entrada, porque discrimina un modo de entender el ensayo hacia el que se orientaron sobre todo Gaya, Gil-Albert o Dieste además de Zambrano; y también, ya de otro modo y sin salirnos del núcleo central del GHE, Sánchez Barbudo y Serrano Plaja. Todos exiliados, como también lo fueron Joaquín Xirau –colaborador de HE y miembro del Consejo de Colaboración de la revista en sus dos últimos números–, José Gaos –como se ha dicho, miembro de ese mismo Consejo desde el primer número de HE– y Eduardo Nicol –autor de uno de los más fundamentados análisis sobre el ensayismo de cuantos se han escrito en castellano¹²–, ausentes también ellos en la antología. Además, porque con ese movimiento y otros parangonables se obvia ostentosamente la Guerra Civil, enlazando su antes y después como si en medio hubiera quedado poco más que un inaudible estiaje. Tanto es así que de la revista de la que aquí nos ocupamos se localizan (dificultosamente) muy magras menciones en las casi doscientas páginas de prólogo (Gracia y Ródenas, 2009: 9-174) y en las breves presentaciones posteriores de los ensayistas seleccionados¹³. No se dice por qué. No se razona. El lector benévolo intuye –y pudiera ser esto– un hartazgo en relación con lo que antes nombramos como el problema de España y sus derivas discursivas e ideológicas durante el trienio bélico, algo que *de paso* explicaría las ausencias del otro lado. *Arte y Estado*, de Giménez Caballero, pongamos por caso, o algún ensayo de los aparecidos en la revista *Jerarquía*. Se trata en definitiva de una extraña omisión, a la que ya se refirió en su reseña Santos Juliá (2009), quien precisaba lo siguiente con palabras que suscribo en su integridad:

Se produce entonces, tanto en la biografía sintética como en la lista de ensayos seleccionados, un salto sobre un período especialmente denso de nuestra historia, el que va de 1936 a 1945. Aunque sobra donde elegir, no aparece nada de la generación de 1930, o de la República, escrito durante los años de la Guerra Civil, y es lástima porque ensayo es, al cabo, la «Ponencia colectiva» presentada por un puñado de escritores republicanos en el Congreso de 1937 y publicada en *Hora de España*,

11.- Si están representados en la antología otros ensayistas que en algún momento colaboraron en HE: Dámaso Alonso, José Bergamín, Díez-Canedo, Adolfo Salazar, Benjamín Jarnés, Luis Cernuda y en especial Antonio Machado. Este último, un referente para el GHE, fue junto con Bergamín de los primeros contactados por el grupo para tratar de asegurar la financiación del proyecto. Cernuda, por su parte, había participado con varios miembros del GHE en algunas misiones pedagógicas. Ramón Gaya (2007: 60-61) ha explicado las circunstancias de esta colaboración algo sorprendente.

12.- «Ensayo sobre el ensayo», recogido en *El problema de la filosofía española* (Nicol, 1998: 209-278), cuya primera edición fue de 1961. Nicol deslindó en este lugar filosofía sistemática y pensamiento ensayístico, polemizando a fondo con la tradición representada por Ortega y sus discípulos, por lo que su propuesta incorpora una inusual dimensión crítica.

13.- En la correspondiente a María Zambrano (Gracia y Ródenas, 2009: 825) la revista es presentada como «estupenda colección».

congreso y revista que no pueden estar ausentes de ningún estudio sobre el ensayismo español.¹⁴

Los mencionados son datos de importancia para la investigación cultural y literaria. No tanto en un plano axiológico o poético, con el que insisto en que me abstengo de polemizar aquí, como en un plano sociológico, culturoológico y político. Pues lo que se trasluce en cifras como las reseñadas, en las listas y en sus jerarquías, o por otro lado en la ingente serie adjetival proporcionada, no es otra cosa que la canonicidad postulada en un momento dado desde una cierta posición crítico-historiográfica. Esto por una parte. Por otra, nada menos que sugerir una naturaleza episódica para la Guerra Civil y sus consecuencias, pues se concuerde o no con la posición de Juan Carlos Rodríguez que acabamos de reseñar, parece irrefutable que el ensayismo español a partir de 1936 se enmarcó, por decenios, en el sistema de coordenadas anotado por el profesor granadino.

En términos empíricos, y esto es lo que querría destacar, estamos hablando de una serie de decisiones básicamente referidas al repertorio habilitado, a su propia legitimidad y a su disponibilidad como modelo. Incluso –basta haber leído a Gadamer para aceptarlo– a su disponibilidad para el propio presente del acto crítico que se ejercita. Y no se piense que, siendo el ensayo una especie de convidado menor en la república de las letras, las inercias de su canon sectorial sean muy diferentes de las vigentes en el sector de la poesía o de la novela. No es así. Los flancos o periferias de un sistema literario muestran incluso mayor celo que el centro del sistema en la observancia de la adecuación de su propia canonicidad, supeditada siempre al resguardo del núcleo sistémico, a sus opciones temáticas, discursivas, epistemológicas, políticas, etc. Prueba de lo que se afirma es el hecho de que en la historia de la ensayística española no se haya delimitado un espacio propio –quizás con las únicas excepciones de Unamuno y Zambrano,

14.- La ponencia se publicó en el octavo número de HE (agosto de 1937, pp. 81-95). Su primer redactor fue Serrano Plaja, quien además le dio lectura en el II Congreso Internacional de Escritores para la Defensa de la Cultura celebrado en Valencia. Los firmantes de la ponencia fueron, por este orden: Sánchez Barbudo, Ángel Gaos, Antonio Aparicio, Serrano Plaja, Arturo Souto, Emilio Prados, Eduardo Vicente, Gil-Albert, Herrera Petere, Lorenzo Varela, Miguel Hernández, Miguel Prieto y Ramón Gaya. Solo tres de ellos, los pintores Souto, Prieto y Vicente, no publicaron en HE. La ausencia de Dieste, Altolaguirre y Zambrano en la relación de firmas obedeció a motivos diversos. La pensadora acababa de regresar de Chile y quizás no se había incorporado aún a los debates del grupo. Sobre la de Altolaguirre carezco de datos. Por su parte, Dieste participó en la redacción de la ponencia y se adhirió a ella. Si no figura en la nómina de coautores fue probablemente por imposición proveniente del poderoso sector estalinista de la Alianza de Intelectuales como represalia por su actitud en el llamado *affaire Gide y/o* por sus relaciones de amistad con algunos militantes trotskistas (Casas, 1997: 405-414).

acaso también del último Ortega– para lo que estamos catalogando como ensayo hermenéutico¹⁵.

* * *

¿Cuál podría ser ese espacio? Por supuesto, el ensayo es un género plural, pero en él me parece básica la incorporación de lo que en otro lugar denominé una acción discursiva problematizadora con predominio de elementos reflexivo-experienciales y/o apotrófico-persuasivos. La serie teórica con la que es obligado dialogar –Lukács, Bense, Adorno– ha sido expuesta con buen sentido crítico por Pedro Aullón de Haro en distintas publicaciones, entre las cuales destaca su *Teoría del Ensayo* (1992). No haré repaso de ello pero querría subrayar algunas claves de particular rendimiento para lo que estamos tratando. Por ejemplo, la importancia de la meditación en torno a las artes en la consolidación del ensayo y la deriva hermenéutica que a menudo alcanzó esa atención, central sin duda en el GHE. O también la consideración del ensayo como captación experiencial de la verdad, lo cual implica algunas preguntas de respuesta no sencilla sobre los efectos de la tradición en ese ámbito autónomo del pensar críticamente. Aullón de Haro, que en sus estudios ha postulado una identificación como *género no marcado* del ensayo¹⁶, redimensionó además una de las marcas reiteradas por Adorno, ampliándola en el siguiente sentido: el ensayo no solo cuestiona el concepto filosófico de sistema sino que además reacciona directamente contra toda reducción positivista del conocimiento.

Si bien Aullón de Haro tiene presente la propensión sintética del ensayo y sitúa como pivote de esa síntesis al sujeto y su juicio crítico libre, ejercitado en los planos

15.- Gaya, Gil-Albert o Dieste tampoco han recibido particular atención por parte de los historiadores del pensamiento exiliado. Su obra no ha sido tratada por José Luis Abellán en sus importantes trabajos, en particular *El exilio filosófico en América. Los transterrados de 1939* (1998), volumen en el que la noción de «filosofía» se entiende en un sentido amplio que sirve por ejemplo para reunir capítulos específicos sobre Francisco Ayala, Fernando de los Ríos, José Bergamín o Juan Larrea, además de otros sobre dos de los colaboradores de HE, Zambrano y Xirau. Otro tanto ocurre en un volumen complementario del anterior y más reciente (Sánchez Cuervo y Hermida de Blas, 2010). Aunque la obra ensayística de Gaya y de Gil-Albert no se publicó propiamente durante el exilio americano cabría alguna matización en la que no me detendré. Dieste publicó en 1948 en Buenos Aires su libro *Luchas con el desconfiado*, que he estudiado en otro lugar (Casas, 1997: 535-569). Suma dos ensayos, «Sobre la libertad contemplativa», fundamentación de una teoría del conocimiento, y «El alma y el espejo», referido a la lectura y la autoría. Estos y otros ensayos extensos del autor fueron compilados en 1981 en el volumen *El alma y el espejo*.

16.- Desde su punto de vista, los géneros ensayísticos constituirían la mitad de la literatura (la mitad no artístico-poética, la mitad que no responde a *productos textuales altamente elaborados*), y por tanto un tercio del sistema tripartito por él postulado, en el que la parte restante corresponde a los géneros científicos. El tercio ensayístico equilibraría el sistema de géneros, ya por su tendencia a expandirse hacia uno y otro extremos, produciendo ensayos artísticos y ensayos científicos como alternativas a una ensayística centrada, o induciendo incluso la *ensayización* de los restantes géneros.

de la textualidad, la discursividad y la temática, entiendo que su teorización no llega a implicarse a fondo con la noción de sujeto ni tampoco con el sistema esfera privada/esfera pública. Y lo cierto es que este es uno de los caballos de batalla del ensayo. Ya desde sus inicios en Montaigne, por supuesto. No me refiero tanto al asunto de la subjetividad entendida al modo en que ha sido vista por algunos tratadistas, a la luz de la sinceridad, de la comunicación íntima de experiencias propias, a la reacción contra un cientifismo antihumanista o a la aproximación existente en algunos casos a una razón poética o incluso lírica. Se trataría antes de eso de una cuestión enunciativa, por supuesto conectada con la idea de Bense, reutilizada por Adorno, según la cual escribe ensayísticamente quien es capaz de componer experimentando. De ahí el refuerzo de la idea de *tentativa* y también de la autoconstrucción procesual del sujeto de la enunciación que aparecía ya en Montaigne cuando señalaba «Mi libro me hace a mí». Hay aquí un elemento interesante, dialógico si se quiere expresar así, *mediador* en el sentido que Paul Ricœur ha dado al término.

Entonces, tenemos dos cuestiones, o en realidad una sola por su fuerte conexión interna: una es la cuestión del sujeto (el sujeto en el ensayo y el sujeto del ensayo), la otra es el sistema que se crea al cruzar como coordenadas la esfera pública con la esfera privada. El archigénero ensayístico está delimitado desde un punto de vista pragmático por una acción discursiva en la cual domina la dimensión perlocucionaria asociada a una intencionalidad reflexivo-persuasiva, sin comprometer por ello la amplia gama de estrategias que sirven a esa intencionalidad; entre ellas, por ejemplo, la de una traslación didáctica o mayéutica al lector de aquella responsabilidad meditativa y/o argumentativa. Lo relevante, a lo que ahora voy, es al hecho cierto de que en este campo se da por efectiva la asunción de una exigencia, la de la lectura activa y crítica, socializada incluso en su impulso inicial performativo, que se convierte en otra de las condiciones pragmáticas de una parte amplísima de los géneros ensayísticos. En este paso es en el que deseo situar la comparecencia de lo público¹⁷: la línea que

17.- Nora Rabotnikof (2005) tiene presentes tres sentidos básicos del término, que además no es raro que converjan: i) idea de lo común o general frente a lo individual y particular, sentido este que establece una relación de sinonimia entre *público* y *político*; ii) *público* como contrario a *oculto*, como algo que se manifiesta y responde a la no-privacidad o en definitiva a un principio de publicidad, lo que igualmente lleva implícita una reconsideración del marco político; iii) *público* como lo abierto o accesible a los otros, por ejemplo en el sentido que aparece en la expresión «lugar público» o incluso en la revitalizada noción de *procomún*. Si pensamos lo público en relación con el ensayo como modalidad discursiva diríamos que hablar de ensayo y espacio público afecta más a la primera acepción que a la segunda, y más a esta que a la tercera. Sobre todo si incorporamos la noción proveniente de Hannah Arendt (1958): el espacio público como el lugar de la pluralidad, la distintividad y la diferencia. El lugar, en definitiva, de la *acción*, y esto supone excluir toda instrumentalidad, toda concesión a la esfera de lo que Arendt denomina *trabajo*. Recuérdese que la acción en Arendt es siempre un aparecer o comparecer que niega lo privado.

permite localizar e identificar un ensayo entre privacidad y publicidad y a la vez delimitar zonas de ese campo. Como estas, por citar algunas de las tradicionalmente vehiculadas por los teorizadores del ensayo: la poético-descriptiva, la crítico-erudita, la didáctico-doctrinal o la académica. Y también la hermenéutica, claro. Lo que quiero decir es que esas zonas ensayísticas no tienen una posición fija en la correlación privado-público. Que no se pueden localizar *a priori* en una línea abierta. Ocupan un sitio difuso, no estructurante. Pero también es cierto que ese sitio es *el suyo* y que no resulta intercambiable. Las tres orientaciones últimas que se mencionaron, por ejemplo, pueden tender hacia el sitio de la primera (la poético-descriptiva), pero no creo que hasta confundirse con ella. Y lo mismo ocurre con el sitio propio del ensayo hermenéutico, que tenderá más a lo privado o más a lo público, pero que al menos en mi conceptualización nunca extremaría su posición relativa.

En el sentido restringido que aplico a la etiqueta, el ensayo hermenéutico es un desarrollo propiamente moderno que presupone el paso por la fenomenología y su propio proceso hacia la intersubjetividad y el carácter no cerrado de la experiencia interpretativa. En ese sentido, el ensayo hermenéutico no podría serlo solo del yo ni solo del mundo. Lo suyo propio es la construcción de un sujeto no limitado por el objetivismo ni mucho menos por el historicismo, un sujeto que mediante la comprensión del mundo y la comprensión del otro aspira a comprenderse e incluso a exponerse a sí mismo con conciencia de su facticidad y con intencionalidad proyectiva¹⁸.

* * *

En el GHE hay manifestaciones paradigmáticas de esta disposición, no siempre discernible de una escritura de marca autoindagatoria, autobiográfica en ocasiones. Es en parte la de Gaya hablando de Velázquez (*Velázquez, pájaro solitario*) o la de Gil-Albert hablando de su propia casa al regresar a ella del exilio en 1947 y recordarla habitada diez años antes por quienes preparaban entre cristales rotos la revista HE (*Los días están contados*)¹⁹. Con rotundidad, es la de Zambrano hablando de Platón

18.- Lo que implica de nuevo intersubjetividad. Sobre este planteamiento es de interés el razonamiento, y aun el relato personal de fondo, desarrollado por Gadamer a propósito de su relación con Heidegger en el ensayo «Subjetividad e intersubjetividad, sujeto y persona» (1998 [1995]: 11-25).

19.- Al hablar hace un momento de marca autobiográfica en el ensayismo del grupo pensaba en obras como esta de Gil-Albert. La autopercepción del escritor sobre lo que está escribiendo es siempre ilustrativa a estos efectos. Hay un momento en ese libro en el que, hablando de México, de su «desolación luminosa», el autor escribe algo sintomático. Dice: «Me permitiré un paréntesis subjetivo» (Gil-Albert, 1982: 193) y a continuación ilustra su experiencia sobre cómo las realidades que se piensan apenas artísticas o literarias de súbito se nos pueden hacer vitales, propias (se le hicieron a él, en aquella circunstancia mexicana). Una autobiografía no incorpora frases como la indicada ni trata esa clase de apuntes como inciso diferenciado. *Los días contados* es otra cosa que autobiografía.

(*Filosofía y poesía*) o la de Dieste hablando de Mercurio y la mediación (*La vieja piel del mundo*). Desde luego, no es la de Unamuno ni tampoco exactamente la de Ortega, esta muy marcada –a propósito del propio Velázquez, de Goya o de Baroja– por una reviviscencia que lo aproximaría más a Hirsch que a Gadamer en el plano hermenéutico y que queda descrita con el bien conocido lema orteguiano de que un cuadro –cualquier obra, cualquier texto– no es sino el fragmento de la vida de un hombre.

Leyendo los ensayos firmados por los miembros del GHE en su revista en 1937 y 1938 es fácil percibir la existencia de unas bases compartidas, probablemente más debatidas que programadas, en el sentido que vengo detallando. En ellas se hizo persistente el problema de la conciencia histórica, expresada a menudo como vínculo entre las historicidades personal y colectiva. No negaré que en la práctica ensayística del grupo exista además una línea metodológica de horma reconstructiva en el plano de la interpretación, pero juzgo mucho más potente y asumida la asimilación de una hermenéutica de filiación ontológica que inicialmente se puso a prueba en la esfera estética para después ampliarse en otros sentidos, también en el político, ya con clara implicación crítica. A este respecto diría incluso que algunos de los integrantes del grupo incidieron con su producción ensayística en una hermenéutica de fundamentación dialógica que sería interesante contrastar con desarrollos como los de Bajtín, Apel o Habermas, entre otros²⁰. Aquí es donde quizás existan más diferencias internas entre las propuestas del grupo, pues resulta evidente que las premisas de Zambrano o Gaya no son equiparables a las de Serrano Plaja o Sánchez Barbudo en lo que respecta a una condición materialista del ejercicio y la intervención críticas. Sus respectivas relaciones con el marxismo y con el materialismo histórico –y con ello sus biografías políticas, las de todos– son sin duda dispares, y algo de esto sale a la luz por ejemplo en la reseña que el último de los citados escribió en *El Sol*, el 25 de junio de 1936, sobre el ensayo *La vieja piel del mundo* de Dieste.

En cualquier caso, adjudico más trascendencia al hecho de que el GHE se marcara como objetivo propiciar una emancipación crítica de ciertas formas de pensar lo español y también a la decisión de intentarlo a través de un ensayismo dirigido directamente a cuestionar la sedimentación de la tradición propia. O, lo que es lo mismo: dirigido a refutar cualquier tentación de enarbolar, o simplemente postular, un sentido histórico nacional. Es ilustrativa al respecto la referida «Ponencia colectiva»,

20.- O en general con la hermenéutica crítica. Véase a este respecto el capítulo de Javier Recas Bayón «Hermenéutica crítica: seis modelos» (en Muñoz y Faerna, 2006: 137-175). Podría leerse a esa luz, por ejemplo, el ensayo de Dieste «El alma y el espejo».

presentada al II Congreso Internacional de Escritores para la Defensa de la Cultura el 10 de julio de 1937. Su tono es el de un manifiesto generacional pero hace algo por completo infrecuente en esta clase de textos, pues incorpora no solo las certezas sino además el proceso de resolución de las dudas y las diferencias, su dialéctica. De hecho, el texto dramatiza un proceso de aclaración en el que se pasa revista a «una serie de contradicciones [que] nos atormentaban» (p. 87) y que son detalladas de forma directa y muy concreta por apelación a programas como el del arte puro, el surrealismo, la abstracción, el realismo social o el arte de agitación y propaganda, y con referencia a la literatura, la pintura y la música fundamentalmente. El debate se plantea en términos estéticos y a la vez en términos políticos y performativos, que muestran en primer plano la conciencia sobre la historicidad y la facticidad individuales y colectivas. Uno de los puntos culminantes del razonamiento de esta «Ponencia colectiva» manifiesta lo siguiente:

Decimos, y creemos estar seguros de ello, que, por fin, no hay ya colisión entre la realidad objetiva y el mundo íntimo. Lo que no es ni casual ni tampoco resultado sólo de nuestro esfuerzo para lograr esa identificación, sino que significa la culminación objetiva de todo un proceso. En la medida que el pueblo español, por «la fuerza de la sangre», recobra sus valores tradicionales (esto es, aquella parte de su tradición que es un valor, aquella tradición que es positiva), esa integración se produce espontáneamente, como un regalo, cosa que no podía suceder en tanto que no llegase este mismo momento; porque hasta él había tan sólo, por un lado, la lucha, la guerra, pero sin los altos valores que puede tener y que tiene hoy nuestra guerra; y por otro, la sola esperanza.

Sólo a partir de un hecho mayor, como es hoy la guerra de la independencia; sólo a partir de una realidad con categoría de realidad, de entidad real y humana, podía producirse una integración mayor, una identificación absoluta, una adecuación total del pensamiento y de la acción del mundo íntimo y de la realidad objetiva, de la realidad y de la razón. Porque hoy, al menos así lo entendemos nosotros, la voluntad quiere exactamente aquello que la razón exige, porque, a su vez, la razón, precisamente por razón, sólo exige la voluntad, la buena voluntad de Sancho Panza, cuando ésta está ya quirotizada, cuando ya también Sancho quiere aventuras. Si es cierto que esa misma oposición a que nos venimos refiriendo se ha encarnado en Don Quijote y Sancho, hoy en España queremos entender la razonabilidad de Sancho implicando y coincidiendo con la caballerosa voluntad de Don Quijote.

Porque hoy la revolución española lucha por la nada desdénable –contra lo que creen ciertos apasionados– organización racional de su existencia, por el acoplamiento, conforme a razón, de un mundo que excluya el desorden racionalmente capitalista, inhumanamente monopolista, pero, además, lucha con toda su voluntad, con todo el esfuerzo de su mayor pasión posible: la pasión que se sabe consciente y razonable,

la pasión que sabe que tiene razón. Y por eso la voluntad nuestra –que más o menos también es nuestra– tiene razón, es congruente con la razón. Hoy en España –y no es ésta la victoria menos importante alcanzada sobre el fascismo–, nuestra lucha en todos sus matices, responde a un contenido de pensamiento con una expresión de voluntad. Los hechos, cada vez más, son asumidos y resumidos en formas coherentes de pensamiento. Se produce una poesía poética, absoluta, en cuanto a calidad, y una pintura y una creación intelectual, en suma, cada vez más apasionada y cada vez más inteligible (HE, VIII, agosto de 1937, pp. 89-90).

De este modo, un texto que empezaba reconociendo las diferencias individuales y sociales en el seno del grupo proclama su unidad de acción y declara conciencia plena sobre su propia responsabilidad frente al movimiento fascista internacional. Lo que Serrano Plaja leyó en Valencia fue un manifiesto de contenido revolucionario, sin duda; pero no tanto en lo ideológico como en un orden cultural y a fin de cuentas hermenéutico. Pues lo vindicado fue una comprensión más rica y completa, también explícitamente más humanista, de la realidad y de la historicidad en la que los acontecimientos los tenían inmersos. Y de modo consecuente también una adaptación de las técnicas artísticas y literarias a ese nuevo universo. La ponencia advertía en este plano que la tendencia más significada de la literatura revolucionaria y del arte de propaganda era apenas una nueva variante del formalismo. ¿El motivo? No otro que conformarse con atender simplemente un sector parcial de aquella realidad y hacerlo además con esquemas reiterativos, sentidos ya como amanerados y mecánicos por el núcleo de firmantes, cuando la firme aspiración suya consistía en expresar toda la complejidad y la dramaticidad de la realidad efectiva.

En la revista fueron recurrentes los análisis sobre el modo de entender la tradición asumiéndola como espacio propicio para proyectar la historia por venir. Constituyó un esfuerzo más de aquel humanismo revolucionario por evitar que fuera el fascismo quien administrara el repertorio de la tradición y su fortaleza para generar nuevos modelos culturales, artísticos y literarios. Zambrano y Dieste, respaldados por otros compañeros del GHE, fueron particularmente activos en ese plano, según se constata en ensayos como «El español y su tradición» (HE, IV, abril de 1937, pp. 23-27), «La reforma del entendimiento español» (HE, IX, septiembre de 1937, pp. 13-28) y «Un camino español: Séneca o la resignación» (HE, XVII, mayo de 1938, pp. 11-20), de Zambrano, o «Fraternidad viril en torno a España» (HE, II, febrero de 1937, pp. 54-57) y «Desde la soledad de España. (Sobre la vida y el espíritu)» (HE, XIII, enero de 1938, pp. 19-30), de Dieste. En los textos del ensayista gallego hay una pregunta recurrente, la del abandono de España por parte de la Europa democrática,

que analiza valiéndose de estrategias ya empleadas en el ensayo *La vieja piel del mundo* –el mito, lo trágico, la memoria, el cainismo, la mediación, la razón histórica, la supeditación de la vida al espíritu...–, publicado pocas semanas antes del inicio de la guerra, pero que contrasta con escritos y desarrollos recientes debidos a Scheler, Ortega, Malraux y otros. María Zambrano, por su parte, despliega en ensayos como los mencionados su comprensión de la historicidad y atiende igualmente la forma de verla y vivirla por parte de sus compatriotas y también por parte de quienes se refieren a España desde lejos. Resulta meridiana su posición en el primero de los tres ensayos anotados cuando, tras exponer su lectura personal de lo que había supuesto el llamado tradicionalismo en relación con la vivencia de lo histórico y la tradición, señala:

De esta angustia de vivir en laberintos de fantasmas históricos, nace la rebeldía del español ante su historia y ante su tradición; ante lo que le querían hacer creer que eran historia y tradición, y que no lo eran, porque carecían de tiempo; no transcurrían ni sucedían, sino que estancadas se habían convertido en espectros de sí mismas. Y surge la animosidad y hasta la odiosidad contra ellas porque nos impedían vivir. Había que librar a España de la pesadilla de su pasado, del maléfico fantasma de su historia (HE, IV, abril de 1937, pp. 24-25).

Zambrano añade a ello que la mayor perversión cometida por tradicionalistas y por liberales en el siglo XIX español consistió en hacer objeto de la historia al pueblo, cuando este es en realidad su sujeto²¹. Y esto en un momento histórico sangriento, que valoraba como resultante de un *impetu ciego* carente de voz y de figura. Frente a aquella situación, la experiencia revolucionaria que el país vivía desde julio de 1936 tendría para la pensadora malagueña otra condición, por completo asociable a lo que al comienzo del capítulo mencioné sobre las dos dimensiones por las que las propuestas del GHE son en verdad irreductibles al programa noventayochista u otros homologables sobre la problematicidad de España y sus retóricas correspondientes. Recuérdese, un antihistoricismo formulado en positivo como hermenéutica proyectiva de la facticidad y la conciencia simultánea de la historicidad individual y colectiva²². Podría decirse –y no erraríamos– que en ello va implícito un programa para una nueva filosofía de la historia. Propongo leer bajo esta propuesta las palabras con las que concluye el texto de Zambrano:

21.- «El pueblo es el máximo sujeto de la historia» (HE, IV, abril de 1937, p. 25).

22.- En ocasiones se produjo en el ensayismo del GHE el paso hacia la *excepcionalidad* del español, hacia una supuesta *misión trascendental* suya en el concierto europeo o mundial. Tras la guerra fue uno de los argumentos de Sánchez Barbudo en *Una pregunta sobre España* (1945). Véase al respecto el severo análisis de Caudet (1997: 56-62), quien denuncia el carácter obsesivo y autocomplaciente de un sector del exilio en esa esfera de las *elucubraciones literario-voluntaristas* abstraídas del análisis de las estructuras sociales, económicas o políticas del país.

[...] es ahora, en esta lucha a muerte del pueblo español contra su pasado de pesadilla, contra el cartelón del crimen con que querían aterrorizarle para que no se moviera; es ahora cuando vamos a encontrarnos de verdad con el pasado y cuando la tradición brota de nuevo y se reencarna en el hoy. Hoy España vuelve a tener historia. La lucha sangrienta de ahora se diferencia de las del siglo XIX en que entonces no se había alcanzado un sentido social, un sentido histórico, sino que era el individuo liberal, el romántico, el que daba la vida para que la muerte no le cogiera. Hoy el español muere para vivir, para recuperar su historia que le falsificaron convirtiéndola en alucinante laberinto. Muere por romper el laberinto de espejos, la galería de fantasmas en que habían querido encerrarle, y recuperarse a sí mismo, a su razón de ser. Desaparecerá de una vez para siempre la arqueología sobre España y las disputas sobre su huella en el mundo. La huella de ahora es surco que penetra tan hondo en la naturaleza humana que alumbra zonas casi inéditas del hombre, aunque profetizadas y presentidas. Una nueva revelación humana que nos hace a todos reconciliarnos con la vida a través del sufrimiento y de la muerte (HE, IV, abril de 1937, p. 27).

Y, en efecto, la pulsión hermenéutica de Zambrano, como la de Dieste y en otro plano la de sus compañeros de grupo, se resolvió en lo fundamental hacia ese terreno de la filosofía de la historia. Con ello hicieron algo más que atender y seguir algunas de las pautas orteguianas en su tardía recepción de Dilthey, aunque por descontado participaron de algún modo en el entendimiento de la razón vital como razón histórica y probablemente nunca dejaron de alentar la aspiración scheleriana hacia un saber sobre el alma, el cual –lo exponía con toda claridad María Zambrano en su ensayo homónimo de 1933– representaba en simultaneidad una recuperación de la tradición filosófica reclamada por Scheler en *Ordo Amoris*: Pascal, Spinoza y Nietzsche, además del cristianismo (Zambrano, 2008 [1933-1944]: 24).

* * *

Trazaré a continuación, ya para concluir, un esquema de esa filosofía de la historia diesteana y zambranianiana tal como se formuló en sus libros más próximos a la etapa de la guerra civil, sobre todo en *La vieja piel del mundo. Sobre el origen de la tragedia y la figura de la historia* (1936) y *La agonía de Europa* (1945), pero también en *Persona y democracia* (1958)²³.

El primero de esos ensayos, el de Dieste, constituye un prelude casi inmediato de una de las líneas de pensamiento que con mayor intensidad atendió el GHE a

23.- Aunque publicado por primera vez en 1945, *La agonía de Europa* fue compuesto por María Zambrano en 1940. Comparte con el de Dieste, además del mismo lugar de escritura, París, haber sido resultado de una súbita e intensísima dedicación. En otro lugar (Casas, 2012), he podido ocuparme más por extenso de lo que trato a partir de aquí.

partir de la fundación de la revista: precisamente, la comprensión de la circunstancia histórica de los enfrentamientos ideológicos entre materialismo e idealismo, o entre fascismo y comunismo, sobre el fondo de la tradición y de la historia común europea. Dieste formuló su libro de entrada como una lectura crítica de las consideraciones de Nietzsche sobre el nacimiento de la tragedia, si bien encaminándolo hacia la indagación sobre la sistematicidad del mito y sobre la historicidad²⁴. El mito central de ese sistema propuesto resulta ser Hermes/Mercurio, presentado por el autor como trasunto de la razón mediadora y como fundamento de la propia historia. Así, contra la interpretación nietzscheana que determina que el nacimiento de la tragedia consiste en una afirmación dionisiaca de la vida, Dieste vio mucho más relevante el intento de la tragedia por asignar sentido al tiempo. La dualidad básica de principios que operan en la tragedia griega sería, pues, no la concretada por Nietzsche (Apolo/Dionisos) sino la existente entre la historia universal y el destino personal, subraya el autor. Y justo por la asunción de que la historia universal integra los mitos junto a la vida de los seres humanos, es Mercurio –el mediador, el inductor del diálogo, el mensajero, el traductor²⁵– quien pasa a ocupar en Dieste el lugar prioritario que Nietzsche había reservado a Dionisos. En Mercurio se señala en definitiva el principio fundador de la razón dramática, o dialógica, que en buena medida explicaría la civilización occidental. La singularidad del libro de Dieste proviene, pues, de su especificidad hermenéutica, de su aspiración a concretar una indagación sobre el concepto de historia interpretado y experimentado como *asunto personal*²⁶. En línea con lo apuntado al principio de estas páginas, es del mayor interés una nota de Manuel Altolaguirre en su reseña del libro, publicada precisamente en el primer número de HE. Señalaba el poeta e impresor malagueño que en el ensayo de Dieste comparecía «un país nuevo, la desbordante necesidad de construir una tradición, de crear un nuevo sistema, de ser la piedra angular de una cultura» (HE, I, enero de 1937, pp. 58-59).

Estaría así Dieste al lado de quienes reconociendo en la historia facticidad y significación la asumieron como factor de intervención y de cambio histórico. En este sentido, quizás solo en este, se hizo eco del reto lanzado por Nietzsche en su segunda

24.- En este planteamiento puede señalarse una recuperación de algunas claves de la *scienza nuova* de Giambattista Vico (1744), por defenderse que la historia no se entiende sin la poesía y sin la actualización permanente de los mitos. Véase en particular la sección segunda de la obra (Vico, 2002 [1744]: I, 102-140).

25.- Mercurio es para Dieste «el principio inalterable en que se funda la razón dramática» (Dieste, 1981: 222). Tal principio habría reaparecido a lo largo de la historia, en sucesivas manifestaciones, indica. En Sócrates, por ejemplo.

26.- No es sencillo dilucidar lo que signifique exactamente la expresión *asunto personal*, empleada por Dieste en las notas preparatorias de la reedición de su libro en 1981, que por cierto incorpora ligeras modificaciones sobre la original de 1936. No me parece que tras esa fórmula haya una deriva psicologista sino más bien existencial, ante todo por lo que respecta a la comprensión de la historicidad y a la propia vivencia crítica de la conciencia histórica.

intempestiva, redactada apenas dos años después de sus investigaciones sobre el nacimiento de la tragedia. En efecto, *Vom Nutzen und Nachteil der Historie für das Leben* [«Sobre la utilidad y el perjuicio de la historia para la vida»] es una invitación a buscar otra forma de entender la función y límites de la historia, muy lejos del historicismo y del positivismo. Una propuesta para relacionarse con la historia nada más que en la perspectiva de que esta sirva a la vida y mueva a la acción; nada más, según se lee en el sexto capítulo de la segunda intempestiva, que en la medida en que ayude al ser humano en la difícil tarea de medirse con los acontecimientos que le son incomprensibles y que nadie puede asegurar que tengan relación entre sí (Nietzsche, 2010 [1874]: 84-95).

La concepción diesteana de la historia universal converge con la de Goethe más que con la de Kant, esta última volcada incluso desde antes de 1790 hacia la sociedad cosmopolita y la ideación como *télos* de la paz perpetua. Consiste en realidad en la historia de los seres humanos y la de sus correlatos míticos, siendo el mito la memoria en la que se expresa el universo histórico existente. Su propuesta consiste en defender que no hay posibilidad de una filosofía de la historia universal pero sí de una filosofía universal de la historia, cuyo objeto queda perfilado en el undécimo capítulo del libro, donde se lee lo siguiente, siendo los sujetos de la oración dos individuos *desnovelados*, nombrados como el materialista y el idealista: «Y no veían que se completaban y que eran un solo espíritu partido en dos, puro principio de individuación y puro principio de causalidad, cuya síntesis, cuando deja de ser pura y se aplica a la historia, es la filosofía universal de la historia en forma descriptiva» (Dieste, 1981: 235)²⁷. La propuesta diesteana se desarrolla, en fin, indicando que la filosofía universal de la historia tiene su complemento en lo que el autor describe como una filología de la historia universal, cuya misión es interpretar el mundo (humanidad más mitos) en tanto cultura. De forma que esta filología podría verse como hermenéutica, como metahistoria y como semiótica cultural, o, a partir de Gadamer, ya como hermenéutica de la cultura.

¿Se limitaría entonces *La vieja piel del mundo* a ser una filología de la historia universal? Entiendo que no. Dieste se propuso alcanzar un objetivo más ambicioso a través del diálogo entre esta filología y la filosofía universal de la historia. El ensayo

27.- La idea del uno partido en dos fue desarrollada en términos relativamente análogos por María Zambrano en *La agonía de Europa* (2000: 74-77), pues para la pensadora lo propio del *hombre europeo* a partir de Agustín de Hipona es *ser por lo menos dos*, al llevar cada ser humano otro dentro de sí: «Aquel de quien huye, el yo en sombra, el que vive en desprecio, del que nos avergonzamos, el que irónicamente reconocemos como contrapartida obstinada de nuestro proyecto, y aquel otro de nuestros sueños con el que llegamos a confundirnos en los momentos afortunados, en esos raros momentos en que nos parece que de veras vivimos y somos» (Zambrano, 2000: 74-75).

materializa en propiedad la *novísima teología* a la que hace referencia su segundo capítulo a propósito de la voluntad de localización de un *mito sin larva de cansancio*, dador de sentido a los instantes. Ese mito no sería otro –efectivamente– que el de la mediación. Mercurio se revela por tanto como el mito central generador de la novísima teología, configurada como un saber sobre el mito que, antes de nada, es un saber mediador y no normativo sobre el mundo, sobre la historia y sobre la vida. Esta apelación a la vida y a la individualidad hace pensar de nuevo más en Vico o en Dilthey, incluso en Ortega²⁸ y en Heidegger, y desde luego en Zambrano, que en la filosofía hegeliana de la historia, cuya terminología es en cualquier caso perceptible como rastro en la prosa diesteana. Así, a través del mito perenne de la mediación Dieste reintegró dialógicamente historia universal e historia personal en la esfera amplia de la historicidad de la condición humana. Con ello amplificaba el sentido del viejo apotegma *verum ipsum factum*, por el cual, frente a la matematización cartesiana del conocimiento, el autor de la *Scienza Nuova* reforzó la autonomía del conocimiento histórico basándola en una sencillísima clave que después retomaría y ampliaría el historicismo diltheyano: sabremos más sobre nosotros como colectividad y sobre cada uno de nosotros en tanto individuos no postulándonos como referencia de un análisis objetivante sino analizando experiencialmente –comprendiendo, tra(ns)duciendo, interpretando– aquello que hemos ejecutado o producido.

Por su parte, *La agonía de Europa*, ensayo ciertamente de la familia del de Dieste en su aproximación al nacimiento de la cultura europea y al lugar que en ello corresponde sobre todo al cristianismo y al idealismo, cuenta además con un iluminador seguimiento correlativo de la violencia, el nihilismo y el análisis de la razón instrumental vista como dominio de la naturaleza y dominio del otro. Este libro de María Zambrano asocia el nacimiento de Europa con la figura de Agustín de Hipona, por lo que puede afirmar a propósito de las *Confesiones* que «La Historia misma se confiesa en él. Pues lo que cambia no es tanto el alma de san Agustín, sino el alma del mundo antiguo que se convierte en el nuevo» (Zambrano 2000: 65)²⁹. En este

28.- Dieste pudo recibir de la historiología orteguiana, descrita en el prólogo antes mencionado a la traducción por Gaos de la *Filosofía de la historia universal* de Hegel, la idea de que la historia como *res gestae*, frente al caos de los datos que obsesionarían al positivismo y a toda escuela *mecanizada*, tiene ya forma y tiene ya estructura. En términos equivalentes, la propuesta de que posee *figura* (Ortega y Gasset, 1999 [1928]: 23). Recuérdese al respecto el subtítulo del ensayo de Dieste: *Sobre el origen de la tragedia y la figura de la historia*.

29.- No me detendré en los puntos de convergencia con las propuestas sobre la dialéctica de la Ilustración debidas a Max Horkheimer y Theodor W. Adorno pero juzgo de interés la reconsideración de la relación entre mito e Ilustración en Dieste y Zambrano a partir de lo publicado en los años 30 y 40 por los filósofos francfortianos, con sus importantes matices en torno a una racionalidad supuestamente emancipada del mito. Recuérdese que Horkheimer se ocupó de Vico en la parte final de su ensayo *Anfänge der bürgerlichen Geschichtsphilosophie* [«Los comienzos de la filosofía burguesa de la Historia»], de 1930.

contexto hemos de situar la concepción de la historia en María Zambrano, expuesta fundamentalmente en su libro *Persona y democracia*. Algunas de las proposiciones que vertebran este ensayo, subtítulo *La historia sacrificial*, son las siguientes: 1) lo decisivo de nuestro tiempo, más que cualquier avance técnico-científico, es la conciencia histórica, cuyo reverso es la responsabilidad histórica; 2) la historia se ha comportado hasta el presente como una deidad que ha exigido renovados y constantes sacrificios humanos; 3) la historia está constituida en forma de drama, que cabe leer como tragedia debido a que lo propio de la tragedia es un actuar sin saber; 4) la historia es representación volcada a absolutismo, pues el nudo trágico de la historia occidental es ese y no otro, el absolutismo, equiparable a un querer algo absolutamente; 5) el error de todo absolutismo es siempre alimentar el propósito de detener e incluso retener el tiempo; 6) la historia debe dejar de ser representación sacrificial, debe abandonar el estadio de historia trágica para pasar a un desarrollo como historia ética.

Contribuir a ese paso de lo sacrificial a la historia ética y la toma de posición frente a toda representación de máscaras volcada a absolutismo, o frente a la retención trágica del tiempo, constituyeron sin duda los ejes principales del proyecto generacional del GHE durante la guerra e incluso de la trayectoria intelectual y civil de la mayor parte de sus miembros una vez en el exilio. El fracaso de esta tarea histórica marcó profundamente la suerte de España a partir de 1939. En realidad, no me parecería exagerado afirmar que lo sigue haciendo.

Referencias bibliográficas

- ABELLÁN, José Luis (1998): *El exilio filosófico en América. Los transterrados de 1939*. México D. F., Fondo de Cultura Económica.
- ARENDT, Hannah (1958): *The Human Condition*. Chicago, The University of Chicago Press.
- AULLÓN DE HARO, Pedro (1992): *Teoría del Ensayo como categoría polémica y programática en el marco de un sistema global de géneros*. Madrid, Verbum.
- (2008): «La teoría del ensayo en España entre Ortega y Gasset y Juan Chabás», en Túa Blesa *et al.*, eds., *Pensamiento literario español del siglo XX*, vol. 2. Zaragoza, Anexos de *Tropelías*, pp. 51-68.
- CARBALLO PICAZO, Alfredo (1954): «El ensayo como género literario. Notas para su estudio en España», *Revista de Literatura*, 9/10, pp. 93-156.
- CASAS, Arturo (1997): *La teoría estética, teatral y literaria de Rafael Dieste*. Santiago de Compostela, Universidade de Santiago de Compostela.

- (2012): «Filosofía de la historia en la ensayística de Rafael Dieste: *La vieja piel del mundo* (1936)». En José Luis Mora *et al.* (eds.), *Crisis de la modernidad y filosofías ibéricas*. Madrid, Fundación Ignacio Larramendi y Asociación de Hispanismo Filosófico, en prensa.
- CAUDET, Francisco (1991): «Rafael Dieste, mentor del “grupo de Hora de España”», *Documentos A*, 1, pp. 139-141.
- (1997): *Hipótesis sobre el exilio republicano de 1939*. Madrid, Fundación Universitaria Española.
- DENNIS, Nigel, ed. (2007): *Ramón Gaya de viva voz. Entrevistas (1977-1998)*. Valencia, Pre-Textos.
- DIESTE, Rafael (1981 [1936]): «La vieja piel del mundo. Sobre el origen de la tragedia y la figura de la historia», en *El alma y el espejo*. Madrid, Alianza Editorial, pp. 201-280.
- GADAMER, Hans-Georg (1998 [1995]): *El giro hermenéutico*. Trad. Arturo Parada. Madrid, Cátedra.
- GIL-ALBERT, Juan (1982): *Obra completa en prosa*, vol. 3. Valencia, Institución Alfonso el Magnánimo.
- GRACIA, Jordi, ed. (1996): *El ensayo español*, vol. 5: *Los contemporáneos*. Barcelona, Crítica.
- GRACIA, Jordi, y Domingo RÓDENAS, coords. (2009): *El ensayo español. Siglo XX*. Barcelona, Crítica.
- HORA DE ESPAÑA. VALENCIA – BARCELONA 1937-1938. NÚM. I-XXII (+ XXIII) (2004): Valencia, Faximil Edicions Digitals.
- JULIÁ, Santos (2009): «Pensar y escribir sin ataduras [Reseña de *El ensayo español. Siglo XX*, de Jordi Gracia y Domingo Ródenas (editores)]», *El País*, «Babelia», 7 de marzo, p. 10.
- NICOL, Eduardo (1998): *El problema de la filosofía hispánica*. México D. F., Fondo de Cultura Económica, 2ª ed.
- NIETZSCHE, Friedrich (2010 [1874]): *Sobre la utilidad y el perjuicio de la historia para la vida [II Intempestiva]*. Ed. Germán Cano. Madrid, Biblioteca Nueva.
- ORTEGA Y GASSET, José (1999 [1928]). «La “filosofía de la historia” de Hegel y la historiología». Prólogo a G. W. F. Hegel, *Lecciones sobre la filosofía de la historia universal*. Traducción de José Gaos. Madrid: Alianza Editorial, pp. 15-32.

- POZUELO YVANCOS, José María (2010): «Ensayo y cultura en la España del siglo XX», *Ínsula*, 760, pp. 22-24.
- RABOTNIKOF, Nora (2005): *En busca de un lugar común. El espacio público en la teoría política contemporánea*. México D. F., Universidad Nacional Autónoma de México.
- RÍO, Ángel del, y M. J. BENARDETE (1948): *El concepto contemporáneo de España. Antología de ensayos (1895-1931)*. Buenos Aires, Losada.
- RÓDENAS DE MOYA, Domingo, y Jordi GRACIA, coords. (2006): «El ensayo español en el siglo XX», *Quimera*, 269-270, pp. 10-51.
- RODRÍGUEZ, Ramón (1993): *Hermenéutica y subjetividad. Ensayos sobre Heidegger*. Madrid, Trotta.
- SÁNCHEZ BARBUDO, Antonio (1980): *Ensayos y recuerdos*. Barcelona, Laia.
- SÁNCHEZ CUERVO, Antolín, y Fernando HERMIDA DE BLAS, coords. (2010): *Pensamiento exiliado español. El legado filosófico del 39 y su dimensión iberoamericana*. Madrid, Biblioteca Nueva y Consejo Superior de Investigaciones Científicas.
- VICO, Giambattista (2002 [1744]): *Principios de ciencia nueva*. Trad. J. M. Bermudo y Assumpta Camps. Barcelona, Folio, 2 vols.
- ZAMBRANO, María (2000 [1945]): *La agonía de Europa*. Pról. Jesús Moreno Sanz. Madrid, Trotta.
- (2004 [1958]): *Persona y democracia. La historia sacrificial*. Madrid, Siruela.
- (2008 [1933-1944]): *Hacia un saber sobre el alma*. Madrid, Alianza Editorial.

GABRIEL CELAYA FRENTE A LA IDEA DE EUROPA

Antonio Chicharro
Universidad de Granada

Voy a dedicar mi atención a un aspecto del pensamiento de Gabriel Celaya que no ha sido atendido y que estimo de gran interés por razones que, como europeos meridionales, no necesito hacer explícitas. Me refiero a su idea de Europa, una idea que he podido reconstruir a partir de la lectura de cuatro artículos periodísticos suyos publicados en *La Voz de España* de San Sebastián a lo largo de 1948, un año por cierto –y he aquí, por contraste, un primer signo del interés de estos breves textos periodísticos– de impuesto ensimismamiento político y autárquico y de sueños místico-imperiales propiciados por el régimen resultante de la guerra civil. Se trata de los titulados “Así es Europa” (26 de junio de 1948), “La pequeñez de Europa” (12 de agosto de 1948), “Un fantasma recorre Europa” (20 de octubre de 1948) y “El peligro de la técnica” (11 de noviembre de 1948), unos artículos que sirven además para explicar la clara conciencia que nuestro poeta y ensayista posee de la compleja unidad cultural de Europa, de sus orígenes y de la profunda raíz de su humanismo, lo que puede acabar remitiéndonos, en suma, a la ideología y estética humanistas que laten en el origen de su discurso poético y, a la postre, de su propia y sostenida posición política (Recogí los artículos en mi edición de Gabriel Celaya, *Ensayos literarios*, Madrid, Visor, 2009, pp. 897-898, 908-910, 915-917 y 936-938, respectivamente).